# Hacia la libertad

Pato Fernández

# Hacia la libertad

Pato Fernández

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© Pato Fernández, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978—84—19763—84—6
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M—23882—2023

*Dedicado a esas personas*
*que he conocido a través de las páginas*
*del libro que conforma parte de mi existencia*
*y, muy especialmente,*
*a una de ellas*

# El destino implacable

Escribir una novela es imaginar acciones y decorados a los cuales se puede acceder simplemente con ir llenando un folio en blanco. Así pudo bajar Julio Verne al centro de la Tierra o Isaac Asimov habitar el espacio. Cuando la fantasía guía la mano del escritor no hace otra cosa que despojarlo del traje ajustado de la realidad para vestirlo con las galas del sueño. Aun así, el autor siempre vierte datos propios que nos vende como fantasía ajena a él: infancia, amores juveniles, mundo laboral. Con todos ellos diseña un mundo pretendidamente extranjero a su piel.

Estás a punto de adentrarte en una historia que se desarrolla en un escenario donde la atmósfera del miedo envuelve las acciones del personaje central. Y es que el ser humano se encuentra perdido cuando se anulan las referencias de su mundo y desaparece la seguridad de lo conocido hasta ese momento. Sin contacto con las raíces que alimentaban su esencia se siente como un globo a la deriva que surca el espacio lejos de los dedos que lo ataban al mundo. Es cuando el anecdotario de lo vivido

acentúa las aristas que se clavan en el alma del que lo ha perdido todo.

La novela, repleta de datos reales, especula con las reacciones del hombre enfrentado a unas coordenadas desconocidas en las que ha desembarcado y en las que los recuerdos marcan dramáticamente su soledad. Asomado a esa ventana extranjera, cautela y desesperación se conjugan para volver a casa.

Una vez más he vuelto a situar al personaje central de la trama en un callejón para recrearme en el pánico al «no hay salida», el miedo crudo ante la falta de recursos para escapar de la pérdida de los lazos afectivos que lo atan a la realidad. Con todas las alertas activadas, el personaje respira cada soplo de esperanza tratando de esquivar la prisión del aislamiento, porque… el pasado es lo único que existe, un asidero del que no debes soltarte si no quieres terminar desapareciendo.

Ante ti he dispuesto una serie de platillos que tendrás que paladear despacio para asumir la verdad: el destino es implacable, y cualquier reto que le hagas es parte de su dictado tiránico.

El texto que tienes en tus manos es la segunda entrega de la trilogía cuyo primer título*, La última frontera,* fue publicado en 2016. La tercera parte, … *sobre un trozo del suelo del salón,* se publicó en 2020. Las tres novelas comparten personajes e intención transgresora del espacio—tiempo, pero puedes leerlas por separado y adentrarte en la realidad de lo expuesto en cada una de ellas.

Cierra los ojos e imagina que todo lo que tienes ha desaparecido tras cruzar la noche. Voy a sumergirte en el miedo a la pérdida de todos tus referentes. Serás una isla en medio de un océano desconocido que intentarás atravesar con barcazas de desesperación tratando de arribar al puerto del que partiste queriendo huir de quien eras.

Si estás dispuesto a aceptar el reto, pasa a la página siguiente.

Pato Fernández

Acababa de despertarme esa mañana de junio de 1978 y al abrir los ojos no me enfrenté a la filigrana amarilla de la librería ni a la puerta que abría hacia el vestíbulo de entrada a la vivienda. También habían desaparecido las repisas con los cuatro adornos que mi madre iba poniendo sobre ellas para disimular su desnudez.

Ese no era mi cuarto. Puede que aún estuviera soñando y que por eso no escuchara la brega con los cacharros en la cocina ni el vocerío de repartidores y mujeres en la calle a la que daba mi ventana. Además, esta ventana había mudado de pared, colocándose frente a mí y abandonando la cabecera de mi cama.

Quieto como una estatua trataba de dar acomodo a esa alteración, y entonces acudió a mi cabeza la imagen del fulano que me había engatusado con el cuento de la cura de mis obsesiones. Giré la cara a mi izquierda para buscarlo, pero no había nadie, solo un armario con las puertas lacadas en blanco, empotrado en la pared. Giré ahora a la derecha para seguir tomando medidas al extraño despertar y entonces vi al viejo por primera vez: parecía dormido sobre la cama, vestía pijama azul y estaba destapado. Tenía la boca abierta y mil años por lo menos, el cuerpo menguado y esquelético, la piel cetrina y barba de varios días. Cerré los ojos esperando que se restableciera la realidad de mi cuarto, aguanté unos instantes y fotografié en mi cerebro todo aquello que veía a diario al despertarme, pero al volver a abrirlos todo seguía igual.

Busqué en el anciano algún rasgo conocido que me indicara quién era. Supuse que dormía, aunque no descartaba que estuviera muerto y eso, pese al miedo, me permitía registrar sus rasgos con rigor de patólogo. No era nadie conocido. Advertí un mínimo movimiento en la chaquetilla del pijama. Subía y bajaba al ritmo de su respiración, apenas perceptible: ¡vivía!

Un golpe instintivo me hizo sacar la mano de debajo de la sábana para mirarla y asegurarme de que yo seguía siendo yo. Era mi mano, y en uno de mis dedos el anillo de plata regalado por Tina, mis nudillos, mis uñas, mis venas. La llevé a la cara y me acaricié: estaba despierto, aunque sabía que de ser un sueño también daría por cierta la falsa realidad. Vestía un pijama azul como el del viejo, ¡y yo siempre dormía en calzoncillos!

Tenía que asomarme a la ventana para ver dónde estaba. ¡La hora! ¿Por qué aún no había mirado la hora? Saqué la otra mano. Las 9.30. Serían de la mañana, porque nunca había fallado mi intuición, aunque estuviera en un lugar desconocido. El sol de la mañana era diferente al de la tarde o al del mediodía, y sabía calcular la hora fijándome en su modo de tocar las cosas.

El viejo se volvió hacia mí y llegó a abrir los ojos, no sorprendiéndose de verme y cerrándolos al cabo de unos segundos.

Saqué un pie por debajo de la sábana y lo asomé al abismo sin atreverme a plantarlo en el suelo, deslizando después el otro sigilosamente. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero lo mejor sería salir de allí cuanto antes.

Un maullido lejano atrajo mi atención y detuvo mis movimientos. Venía de fuera, de la calle. Era un maullido insistente, de llamada lánguida, pero capaz de despertar al viejo. Los ancianos tenían el sueño ligero y el zumbido de una mosca era suficiente para traerlos a la vida.

Planté los pies en el suelo y él abrió los ojos nuevamente, mirándome ahora con curiosidad y una intención de sonrisa que bien pudiera ser de bienvenida.

—Está enfermo —dijo con voz herrumbrosa y con la naturalidad de quien hubiera estado durmiendo conmigo durante toda la vida.

—¿Qué?

El monosílabo no era más que un disparo presto a interceptar sus palabras, tal vez peligrosas.

—El gato, que está enfermo.

—¿Es un gato? —pregunté estúpidamente, abandonando la cama y caminando descalzo hasta la ventana.

El animal seguía maullando en algún lugar que no podía descubrir desde allí. Era un edificio cuadrangular, moderno, aupado sobre rancios soportales que encerraban la pequeña plaza a la que estaba asomado. Había dos o tres naranjos en uno de los rincones, junto a grandes maceteros redondos rebosantes de hojas verdes. En el centro del jardín gobernaba una fuente con forma de barca de piedra sobre la que el barquero de metal, volcado sobre su pértiga, la clavaba en las aguas del pilón. Tres viejos con el mismo pijama azul que vestíamos nosotros estaban sentados sobre el murete circular que rodeaba a la fuente. Conté las ventanas de la fachada de enfrente: estábamos en la cuarta planta y el edificio tenía dos pisos más por encima del nuestro. Una pegatina amarilla sobre el cristal indicaba que las ventanas estaban clausuradas. Insistí pese a todo, y ante la imposibilidad de que cediera, apoyé la cabeza contra el vidrio y miré hacia arriba. Grandes letras blancas se erguían ufanas en lo alto del tejado mostrando al mundo que el edificio pertenecía a la Fundación Acosta. Era adonde había acudido la tarde anterior después de leer el anuncio en el periódico.

El maullido del gato insistía en lo que yo interpretaba como una petición de ayuda, pero no lograba verlo.

—Es un gato rubio. Se está muriendo.

El viejo volvía a hablarme del gato y ahora lo hacía incorporándose con gran esfuerzo y sacando los pies de la cama.

—¿Un gato rubio? —Seguro que los había visto más veces, pero ahora solo recordaba los gatos negros y los pardos.

—Lleva muriéndose toda una vida —contestó sentado sobre la cama—. Pero aún no es su hora.

Dejé de buscarlo por los jardines y miré hacia la puerta. Tenía que irme, buscar mi ropa y pespuntear una despedida rápida. No sabía qué iba a decir al llegar a casa después de haber pasado la noche allí sin haber avisado por teléfono. Aún podía escuchar la letanía del tipo que me había llevado hasta el despacho número cinco, invitándome a que me tumbara en el diván, y detrás de la ventana, casualidad, el maullido de otro gato, tal vez el mismo.

*Cierra los ojos y no pienses en nada, cierra los ojos y abandona el puerto, cierra los ojos y déjate llevar.*

—¿Conoce a Juan Estúñiga? —Era el supuesto psiquiatra de la letanía, seguro que responsable de mi despertar allí.

—Juan Estúñiga —repitió recreándose, cabizbajo. Ahuecó la almohada, buscó las gafas en la mesilla y se deslizó de la cama con mucho cuidado hasta que los pies tocaron el suelo.

—Sí, el…

No sabía cómo llamarlo: ¿un psiquiatra, un psicólogo, un médico, un loco?

—Vine a la Fundación ayer por la tarde —dije sin perder detalle de su fragilidad.

Iba a contarle cómo era la sala donde debí de quedarme dormido, pero me daba apuro confesar que no andaba bien de

la cabeza, que tal vez ese psiquiatra o lo que fuera, había tomado medidas desmesuradas conmigo. Pero el viejo no preguntó, entretenido en mirar las baldosas del suelo mientras se aferraba al borde de la cama con uñas y dientes. Me pidió las zapatillas y me agaché para acercárselas, sin intención de ponérselas. Era muy escrupuloso y el viejo tenía unos pies horribles, con dedos escuálidos y uñas gordas. No me gustaban los pies, y menos los de los ancianos, pero viendo que no atinaba a metérselas y terminaría cayéndose, hice de tripas corazón y lo ayudé. Me dio las gracias con resignación, rodeó angustiosamente la cama y se apoyó en el quicio de la puerta del baño antes de entrar. Encorvado, arrastraba los pies de tobillos inflamados y rojizos, dando pasitos extremadamente cortos y sujetándose los pantalones con la mano. Ese hombre estaba al borde de la muerte. En mi vida había visto un viejo tan viejo como él.

No llegó a cerrar la puerta del todo y poco después sonó el agua de la cisterna. Decidí esperar a que saliera para despedirme, y mientras tanto regresé a la ventana. El gato había dejado de maullar y a la plaza había acudido algún anciano más y cuatro o cinco jóvenes con edad aproximada a la mía, todos con el patético pijama azul de ribete amarillo en la abotonadura y el bolsillo de la chaquetilla. Formaban grupos a la sombra de los soportales, y salteados aquí y allá, hombres fuertes vestidos de blanco, celadores que se mantenían a distancia de los corrillos. Una mancha de humedad en la fachada de enfrente dudaba en medio de dos ventanas sobre cuál sería la primera a la que echaría el guante.

Abrió despacio la puerta del baño, apagó la luz y rodeó nuevamente la cama mientras me miraba a través de las gafas con una atención que me cohibía. Tomó asiento en el sillón pegado a la cabecera. Olía a colonia, un olor que me resultaba familiar,

y traía los cuatro pelos mojados, peinados hacia atrás. Me pregunté qué podría pensar un anciano como él para acicalarse con perfumes y peines.

Supuse que mi ropa estaba en el armario pegado a mi cama y fui a buscarla mientras se acomodaba. Al abrir la puerta se escapó un intenso olor afrutado que asocié a reminiscencias de otros ocupantes, otros viejos que iban dejando allí parte de su alma, y eso me hizo contener la respiración. Mis pantalones marrones y la camisa militar, que seguía utilizando tras mi licencia porque me daba un aire aguerrido, estaban colgados de perchas que tampoco quería tocar mucho. Tiré de las prendas y las dejé sobre la cama para cambiarme, pero me daba apuro hacerlo delante del viejo, aunque esconderme en el baño parecía asunto más ridículo que mostrar mis calzoncillos al desconocido.

—¿Vas a salir? —preguntó con la mirada perdida en la ventana. Debía de ver bastante mal y a veces daba la impresión de ser ciego. Las manos, recogidas sobre los escuálidos muslos, no dejaban de temblarle.

—En mi casa estarán preocupados al ver que esta noche no he ido a dormir —confesé imaginando que mis padres habrían puesto el mundo boca abajo al no tener noticias mías.

—¿Quién te espera? —No dio importancia a mi urgencia.

—Mi madre —dije trasteando con la camisa militar para no empezar a desnudarme.

—¿Cómo es tu madre?

Al principio no entendí la pregunta, su intención, qué quería saber y por qué, pero no era más que un viejo chocho con sus rarezas. ¿Y cómo era mi madre? Pues como todas, cabezona, machacona…

—Así era la mía, pero yo la quería como a nadie —dijo bajando la mirada a las manos inquietas.

Por un momento pensé en su madre. Seguro que había muerto siendo más joven de lo que él era ahora, pero aún la recordaba con un toque de dolor que me conmovía. Frunció la frente para mirarse las manos.

—Pocas personas te quieren como ella —añadió.

Me daba pena; parecía abandonado, postrado, vencido en el sillón. Quise preguntarle cómo se había enterado de la enfermedad del gato, si bajaba al jardín, pero yo no entablaba fácilmente conversación con desconocidos.

Saqué los playeros del armario y cerré la puerta, despacio, dando tiempo a que el viejo se olvidara de mí y me dejara cambiar en paz, pero él tenía todo el tiempo del mundo, nada que hacer, así que tomé la ropa y me escondí en el baño, echando el cerrojo. Tenía que irme cuanto antes.

***

Al salir vestido con mi camisa militar, los playeros y los pantalones lamidos, el viejo levantó la vista y clavó en mí sus ojos licuados. Doblé el pijama simulando prisa para que no me hiciera más preguntas y lo dejé sobre la cama, mirando la hora y alcanzando la puerta en dos zancadas.

—Tengo que irme —dije al pasar frente a él. Dudé en tenderle la mano como despedida, no nos conocíamos y… cuanto menos le tocara, mejor.

Su mirada desvalida me volvió a llenar de pena, pero tenía que dejarlo allí. Allí lo había encontrado y allí llevaría Dios sabe cuánto tiempo. Yo no tenía culpa de lo que le pasara. No tardaría mucho en llegar a la habitación otro inquilino que acabara con su desamparo. Tendría familia que iría a visitarlo. Ella era la responsable. Yo tenía que buscar una cabina para hacer una llamada

urgente a casa, aunque al hacerlo no me quedaría más remedio que descubrir todo el pastel de mis obsesiones, motivo que me había llevado hasta esa Fundación.

Giré el pomo de la puerta y ya me despedía con un movimiento de mano cuando una joven tropezó conmigo al entrar. Estuvo a punto de dejar caer al suelo la bandeja que llevaba en las manos, pero logró sujetarla al tiempo que me cerraba el paso. Me miró de arriba abajo fingiendo extrañeza, como si solo esperara encontrarse con el viejo. De modo azorado la insté a que se apartara para dejarme pasar.

—Todavía no es la hora, Tomás —dijo cerrando la puerta con el pie—. ¿No quieres desayunar?

¿Que no era la hora? ¡Y conocía mi nombre!

No sabía qué hacer, quieto mientras esa chiquilla resuelta a la que le quedaba muy bien el uniforme se acercaba a la mesita del viejo y depositaba la bandeja sin dejar de mirarme. Tendría mi edad, ojos oscuros y rasgados, y media melena azabache que volaba con cada uno de sus movimientos. «¿La hora para qué?», volví a preguntarme.

—Esto hay que ventilarlo —dijo esgrimiendo una llave maestra con la que abrió la ventana de par en par. Me fijé en su cintura, en el extraño calzado hospitalario que llevaba, en el broche del sujetador que se marcaba bajo la ajustada chaquetilla. Preguntó al viejo si tenía calor y este no contestó, sin que ello impidiera que la joven le hiciera una carantoña.

Otra vez maulló el gato.

—Yo no voy a desayunar —dije cuando terminó de colocar el zumo y el café con leche y galletas sobre mi mesa.

Sonrió sin decir nada y empezó a estirar las sábanas de mi cama en tanto regresé a la ventana para buscar nuevamente al gato enfermo, pero seguía oculto a la vista. Un jardinero con

sombrero de paja iba amontonado junto a los naranjos el césped rastrillado. Olía a hierba, a mañana de verano.

—Lleva días así. Terminarán sacrificándolo —apuntó la joven acercándose por detrás y echando un vistazo a la plaza.

—¿Prefieres que te traiga otra cosa, algo salado, huevos fritos? —Se dirigió al baño con un par de rollos de papel higiénico.

—No, no quiero nada. Tengo que irme.

—Tiene prisa —dijo el viejo volviendo la cara hacia la chiquilla como si ambos estuvieran al tanto de algo que yo desconocía.

—¿Prisa? —Salió del baño y ahuecó la almohada del viejo—. Tómate el zumo y te traigo otro. Hoy hace calor.

Alzó la vista y me miró deteniendo todos sus movimientos; luego sonrió y reanudó la faena.

Clausuró la ventana antes de salir, y desde la puerta nos recordó que el zumo se calentaría si no lo tomábamos pronto.

—Si quieres otra cosa toca el timbre —añadió señalándome el pulsador de la cabecera.

Negué con la cabeza y continué apoyado contra la ventana, preocupado por la llamada del gato enfermo.

—No lo curarán? —pregunté inocentemente al viejo.

—¿Curarlo? Tiene las horas contadas.

Tomó el vaso de zumo, un mar agitado en su mano, y con la otra cogió la servilleta de papel que la joven dejó sobre la mesa.

—Mañana estará en el interior de una bolsa de basura.

Sentí pena repentina por el gato, y a renglón seguido me vengué pensando en la bolsa a la que también irían a parar los restos de ese hombre para el que la vida del animal no parecía importar mucho. Al igual que el gato, moriría en breve y también tendría su bolsa esperándolo.

—Me voy; volveré en otro momento —mentí al avanzar hacia la puerta.

—Ahora empieza el programa de Echenique. ¿No quieres escucharlo?

Tomó un aparato de la mesita y apuntó al techo, de donde empezaron a descolgarse unas notas musicales que dieron paso a la voz de un hombre, un locutor si es que eso era la radio. El viejo se regodeaba con mi sorpresa.

—Siéntate y lo escuchamos juntos —dijo señalándome el otro sillón junto a él.

No contesté, detuve el paso y el viejo volvió a señalarme el sillón, ahora con un movimiento de cabeza. A regañadientes le hice caso y me dejé caer sobre la tela plastificada. Es el mejor cómico de todos los tiempos, dijo sonriendo, y yo lo miraba de reojo, incómodo.

Quince minutos después decidí largarme definitivamente por mucho que se molestara. Me incorporé mirando la hora en mi reloj para aparentar más urgencia y, deprisa para no enfrentarme a su reacción, llegué a la puerta y abrí, pero volví a encontrarme con el muro de la chiquilla de antes, ahora aparcando un mueble metálico con ruedas frente a mí.

—¿Ya han desayunado mis chicos preferidos? —dijo entrando en la habitación y haciéndome respirar el aire rozado por su cuerpo. El viejo bajó el volumen del programa de Echenique y se recostó esperando a que la joven retirara los restos del desayuno, mirándome con una expresión divertida. Le hacía gracia mi prisa por irme y mi mala fortuna en los dos intentos.

—¿Qué tenemos aquí? —se preguntó la joven fingiendo sorpresa al meter la mano en el bolsillo de sus pantalones. Me miró con ojos de mago sacando al conejo de la chistera, y al abrir la mano mostró dos bombones de licor con envoltorio rojo.